

# DOS ACTITUDES ANTE LA MUERTE: EN EL *MANUAL* DE EPICTETO Y EN LA *REGLA* DE SAN BENITO

*José Luis Villacís, OCSO<sup>1</sup>*

## **Resumen**

La muerte es el umbral de una vida concreta, conocida y explorada. Pero, ¿existe algo detrás de ella?, ¿acaso emergerá un nuevo tipo de vida o simplemente no hay nada? Concretamente: ¿Qué sentido tiene la muerte para el ser humano? ¿Acaso es el cumplimiento de una finalidad que se le devela conforme avanza el tiempo o simplemente es parte de su destino? Estas inquietudes embargan al hombre y tratará de responderlas remitiéndose a un Ser trascendental que está por encima de la muerte. En Él encuentra una explicación “lógica”, pero se percatará que es limitada. Entonces apelará a la fe, la cual le llevará a conocer a un Dios distinto de las proyecciones humanas. En Él sabrá que la muerte es un paso, un medio para llegar a su presencia total.

## **Introducción**

Las personas tienen criterios diferentes sobre la muerte. Generalmente detrás de ellos hay experiencias vividas de toda índole, sean personales o ajenas. No todas son esperanzadoras, pero tampoco aterradoras. Esa multiplicidad ocasiona un desacierto sobre el verdadero sentido y finalidad que tiene este hecho existencial. Algunos individuos no la consideran importante puesto que es preciso vivir el momento presente satisfaciendo sus necesidades, la mayor parte de ellas inconscientes. Otros, por el contrario, la tienen presente como el final de

---

1 Monje del Monasterio Cisterciense “Santa María del Paraíso”, Latacunga, Ecuador.

su existencia, y para ello hay que “prepararse convenientemente” realizando actos buenos y honestos.

Ambos extremos tienen eco en dos posturas que veremos en el desarrollo del artículo: Epicteto y san Benito. Nuestros personajes, en algunas partes implícita y, en otras, explícita, tanto en el *Manual (Enquiridión)* como en la *Regla*, respectivamente, desarrollan esta temática de forma concreta. De manera que la muerte no es un objeto de estudio propio de nuestro tiempo, sino que viene desde la antigüedad. Más aún, no depende de la época, sino que es una realidad constitutiva de nuestra existencia sin tomar como referencias la cultura, la ideología o la clase social.

Ahora bien, para reflexionar nuestra temática vamos a desarrollarla, en primer lugar, presentando un esbozo general del contexto histórico-social de las obras de ambos autores. Posteriormente, nos enfocaremos en las contribuciones de cada uno de ellos con la finalidad de descifrar su contenido, pero sobre todo su riqueza espiritual. Luego, recogeremos las aportaciones de nuestros personajes y los relacionaremos, detectando sus semejanzas. Finalmente recapitularemos los puntos esenciales que iluminarán y cualificarán nuestra interioridad.

## **1. Epicteto y san Benito. - Contexto histórico**

Epicteto y san Benito vivieron durante el Imperio Romano, pero en contextos diferentes. El primero, en pleno auge; en cambio, el segundo, en un momento de decadencia. Expondremos, a continuación, algunos rasgos biográficos de estos personajes y el contexto de sus obras, de las que nos ocuparemos en nuestro estudio.

### **1.1. Epicteto**

Según Ferrater<sup>2</sup>, Epicteto era natural de Hierápolis (Frigia) aproximadamente en el año 50 d.C. Desde su nacimiento fue esclavo, “aunque se

---

2 Las referencias completas se hallan al final del artículo (N.d.R.).

le permitió en su juventud estudiar con el estoico Musonio Rufo<sup>3</sup>. Vivió en Roma como esclavo de Epafrodito, funcionario real que ocupó importantes cargos como el de Secretario del emperador Nerón. Epicteto padeció “de una cojera producto de una enfermedad reumática”<sup>4</sup>.

Nuestro filósofo alcanzó la libertad, pero al poco tiempo (alrededor del año 93) fue expulsado juntamente con otros filósofos. Se radicó en Nicópolis (en el Epiro) y allí fundó una escuela estoica. Según Ferrater, Epicteto juntamente con Séneca y Marco Aurelio, “llegó a constituirse uno de los referentes del estoicismo denominado nuevo o imperial de índole moral y religiosa”, (p. 1121). “Siguió dirigiéndola probablemente hasta su muerte, acaecida en el año 138”<sup>5</sup>. A su centro de enseñanza acudían numerosas personas, muchas de ellas de notable clase social y cultural, “todas atraídas por su sabiduría y elocuencia”<sup>6</sup>. Seguramente ellas giraban en torno a los veinte años de edad pues la formación filosófica se recibía a esa edad, algo propio de la época. A pesar de que exponía oralmente sus enseñanzas, Epicteto no las escribió. Sin embargo, ellas fueron recogidas por un discípulo suyo llamado Flavio Arriano que las recopiló en ocho libros llamados “Diatribas”. Lamentablemente, de ese conjunto de libros existen solamente cuatro<sup>7</sup>. “Arriano publicó también un breve resumen o manualito con las principales enseñanzas de su maestro llamado el Enquiridión”<sup>8</sup>.

Luego de algunos años, Flavio Arriano formó parte de la administración imperial en tiempos de Adriano en calidad de gobernador de Capadocia en el año 134. Este dato nos indica que debió de ser un hombre maduro, puesto que, además, dirigió las tropas romanas que vencieron a los alanos. En consecuencia, si escuchó las lecciones de Epicteto, habrá sido “aproximadamente a finales de la primera década del siglo II”<sup>9</sup>, y, probablemente, la redacción de las *Máximas* estaría en torno a este tiempo.

---

3 Cavallé, 2007, p. 121.

4 Epicteto trad. en 1993, p. 8.

5 Copleston, 2004, p. I-368.

6 Cavallé, 2007, p. 121.

7 Epicteto, trad. en 1993.

8 Copleston, 2004, p. I-368.

9 Epicteto, trad. en 1993, p. 18.

Este es el contexto histórico y social en donde se desarrolló Epicteto:

El siglo II, es conocido como el siglo de Oro del Imperio Romano. Durante esta centuria se extendió por todas partes una sensación de plenitud y perfección. Se construyeron acueductos, nuevas calzadas y grandes edificios públicos. El Imperio se podía recorrer de punta a punta sin temor a los bandidos y a la prosperidad económica se sumó un extraordinario florecimiento cultural<sup>10</sup>.

## **1.2. San Benito**

San Benito nació en Nursia (Perugia) en el año 480. Su familia pertenecía a la pequeña nobleza rural. Fue enviado a Roma para completar su formación literaria, pero la interrumpió debido a la corrupción de costumbres imperante, y ello le movió a tomar una determinación radical. En efecto, san Gregorio Magno, citado por Colombás<sup>11</sup>, subraya que, despreciando el estudio de las letras, abandonó la casa y los bienes paternos, y, deseoso de agradar solamente a Dios, quiso abrazar la vida monástica. En consecuencia, “el recién comprometido en la vida ascética se juntó con un grupo de monjes en Affile, viviendo en la soledad como ermitaño en Subiaco durante tres años”<sup>12</sup>. Luego de una experiencia negativa (convivencia con falsos monjes), volvió a su antiguo retiro y allí se le juntaron numerosos discípulos. Posteriormente, con algunos de sus seguidores partió a Monte Casino en donde “creó un auténtico monasterio cenobítico (...) a 80 millas al sur de Roma”<sup>13</sup>. Allí, Benito murió hacia el año 547.

El contexto social de la capital del Imperio en tiempos de san Benito se caracterizó por la inestabilidad política. El imperio se dividió en dos partes: Bizancio y Roma. Predominaron las invasiones desde el norte por parte de los bárbaros. En 452, “Alarico conquistaba la ciudad de Roma. En el 489, el rey de los ostrogodos obtiene del emperador Zenón de Bizancio el gobierno de toda Italia”<sup>14</sup>. Posteriormente Teodorico procuró establecer un equilibrio entre

---

10 Audioguiaroma, 2017, párr. 4.

11 2010, p. 117.

12 De la Torre, 2009, p. 354.

13 De la Torre, 2009, p. 354.

14 Aymard, 1989, p. 12.

la presencia de los godos y la adopción de la cultura romana. Sin embargo, los bizantinos pretendieron reconquistar Italia con Belisario, general del emperador Justiniano, pero Totila, rey de los godos, logró expulsarlos, recuperó la península itálica y pasó a Sicilia, Cerdeña y Córcega (546-547). A su muerte, Bizancio contraataca y expulsa a los godos, e Italia se constituyó en provincia del imperio. En consecuencia, las constantes invasiones de pueblos extranjeros demuestran las devastaciones, “deportaciones, ruinas, hambre, rehenes, opresiones y desdichas sin cuento”<sup>15</sup>.

Sobre la redacción de la *Regla*, Colombás, afirma que “la que llamamos *Regla* de San Benito o *Regula Benedicti* es un texto que apareció en la Galia hacia el año 600. Fue escrito ciertamente en el siglo VI”<sup>16</sup>. Se puede asegurar, como dice Colombás, que la *Regla* no fue compuesta de un solo impulso sino en una elaboración progresiva.

Teniendo en cuenta la cronología aproximada de la vida de san Benito y las fuentes utilizadas en la *Regla*, en particular el libro quinto de las *Vitae Patrum*, traducido por Pelagio, diácono romano y futuro papa, entre 526 y 556, se ha propuesto como fecha probable de su redacción los años 530-560, (...), por lo tanto, fue redactada en Montecasinó<sup>17</sup>.

## **2. La muerte en las máximas de Epicteto y en la *Regla* de san Benito**

### ***2.1. En las máximas de Epicteto***

#### *2.1.1. La muerte no depende de nosotros pues nos es “ajena”*

Esta aseveración tiene su fundamento en la siguiente máxima:

... Si rechazas la enfermedad o la muerte o la pobreza, serás desdichado. Aparta, pues, tu rechazo de todo lo que no depende de nosotros y ponlo en lo que no es acorde con la naturaleza y depende de nosotros<sup>18</sup>.

---

15 Aymard, 1989, p. 14.

16 2000, p. 10.

17 Colombás, 2000, p. 10.

18 Epicteto, trad. en 1995, p. 184.

Para comprender el contexto en que se aborda la muerte, es necesario destacar la diferencia existente entre aquello que depende y no depende de nosotros. Epicteto recalca que en nosotros existen estos dos contrastes: lo que es alcanzable para emplearlo en nuestro crecimiento personal como “el juicio, el impulso, el deseo, el rechazo y, en una palabra, cuanto es asunto nuestro”<sup>19</sup>. Es decir, todo aquello que es sujeto a cambio, a enmienda o a una nueva orientación. Y, por otro lado, las circunstancias que nos rodean como “el cuerpo, la hacienda, la reputación, los cargos y, en una palabra, cuanto no es asunto nuestro” (*ibid.*). A esta lista se agrega la enfermedad, la pobreza y la muerte. Estos fenómenos no están sujetos a nuestro arbitrio, ni reconocen condiciones sociales, culturales y religiosas.

En este sentido, la muerte es un suceso que aparece en el horizonte de la persona con una finalidad concreta: consumir la existencia terrena de la persona. Es un hecho intangible, silencioso, infinito. Si fuese conocido con anticipación, dejaría de ser independiente de nuestro intelecto y, por tanto, pasaría a ser un hecho manejable.

A pesar de que la muerte es una realidad que no depende de nosotros, Epicteto enfatiza dos veces la palabra “rechazar”. Esta acción no demuestra que somos renuentes en aceptar la muerte en sí sino que pretendemos darle una connotación acorde a nuestra mentalidad. Generalmente es el miedo que sentimos frente a ella. En este sentido, la muerte, entre los contemporáneos de nuestro filósofo, “ya existía el temor de nombrarla, como si su sola mención fuese cosa de augurio funesto”<sup>20</sup>.

Este rechazo se enfoca en las condiciones que llevan a la muerte: dolor, sufrimiento, angustia, ansiedad. Al absolutizarlos opacamos el sentido de nuestro fin y lo tergiversamos asignándole una categoría apocalíptica. Buscamos paliativos que amortigüen esta realidad dolorosa como las distracciones, el cumplimiento de los deseos de nuestro egoísmo, vivimos enfrascados en un futuro ilusorio, etc. Con esta situación, lo que prima es nuestro deseo de vivir eternamente y de no tomar conciencia de que nuestra vida tiene un límite.

---

19 Trad. en 1995, p. 183.

20 Vargas, 2013, p. 174.

Este deseo de perpetuar nuestra vida no es solamente con nosotros mismos, sino que se constituye un anhelo para nuestros familiares y amigos queridos. Al respecto, Epicteto dice: “Si quieres que tus hijos y tu mujer y tus amigos vivan para siempre, eres bobo. Pues quieres que dependa de ti lo que no depende de ti y que lo ajeno sea tuyo”<sup>21</sup>.

### *2.1.2. La muerte como conclusión del papel dado por los dioses*

Aparte de la insistencia del filósofo estoico en la necesidad de reconocer y diferenciar lo que es alcanzable a nuestras manos, introduce un hecho importante: “lo ajeno”. ¿De quién es la muerte? Epicteto responde así: “Condúceme, Zeus, y tú, Destino, al lugar que me tenéis señalado”<sup>22</sup>. Es decir, la muerte es de los dioses como parte de la estructura y funcionamiento de la creación. Esta aseveración se refleja en el Destino:

... Es lo que le da a cada cual su parte, su porción, su papel en la armonía del todo. Por eso la vida es comparada a menudo con un banquete en el que el anfitrión asigna un sitio a cada uno, o bien con una obra de teatro con un director que distribuye los papeles: a los actores no les corresponde pedir un cambio de papel, sino que cada cual ha de representar lo mejor que pueda el papel que le ha sido asignado<sup>23</sup>.

Con esta sentencia, Epicteto nos invita a sumergirnos en nosotros mismos para conocer nuestra condición humana, apropiarnos de aquello que nos caracteriza, lo cual siempre se muestra inédito. De manera que nuestra vida no es estática sino dinámica, siempre en constante renovación y crecimiento, buscando la plenitud a lo que somos llamados a ser. Este proceso no lo hacemos “abstractamente” sino partiendo de unos hechos concretos: nuestra historia, experiencias, conocimientos, formación, injusticias, etc., es decir, todo lo que constituye el bagaje que llevamos en nuestra existencia. Además, reconocemos aquellos fenómenos que se presentan espontáneamente en nuestro camino: frustraciones, intervención de algunos planes de otras personas cercanas a nosotros

---

21 Trad. en 1995, p. 190.

22 Trad. en 1995, p. 214.

23 Brun, 1997, p. 80.

y que influyen en nuestras decisiones, acontecimientos inéditos, etc., todo ello, en su conjunto, es la realidad, y eso “es” simplemente y así nos interpela. Con esta reflexión, Epicteto nos insiste en no pretender cambiar esta realidad por más dolorosa, compleja e incompresible que sea, pues significaría “despreciar el papel dado por los dioses”. Y eso, en definitiva, sería algo inauténtico.

Pero esta existencia no debe ser embellecida con angustia, a tal punto que nos condenamos a la decepción si no hacemos “todo” para ser realmente íntegros e intachables. Epicteto, al emplear las palabras “lo mejor que pueda”, nos abre la posibilidad de que no podemos alcanzar la perfección total, ni el ideal de ser completamente realizados. Por lo tanto, apela a la existencia del error, de no acertar con aquellas decisiones que inicialmente creíamos apropiadas, pero, por falta de claridad, de discernimiento o por obviar las condiciones para su consecución, nos llevaron a la desilusión. Por otra parte, esta tendencia al “error” también es producto de la no aceptación de las propuestas y condiciones que nos presenta la vida ya sea por obstinación y defensa de nuestros pensamientos y actitudes como también por considerarlo como atentado a nuestros ideales y deseos.

Independientemente de aquello que nos lleve a la frustración, esta expresión tiene un matiz esperanzador. Esto quiere decir que la imagen de la divinidad no es rígida sino comprensiva y tolerante. Conoce nuestros aciertos y errores. Sabe por qué nos asignó un determinado papel en la existencia y no permite que adquiramos otro. Pero, para el desempeño del mismo, espera que nosotros hagamos el esfuerzo necesario para cumplirlo. En esto se esconde una sabiduría misteriosa, que no se abarca con nuestra mentalidad, que mantiene el equilibrio en la naturaleza, gobierna con acierto la creación y asigna a cada ente un sentido determinado con la finalidad de cooperar en esta estructura armónica que es el universo.

Por otro lado, la sentencia “lo mejor que pueda”, nos invita a la concepción de una divinidad analítica, observadora, que registra los aciertos ganados en nuestra misión en la tierra. Las condiciones deben ser factibles para alcanzar el fin para el cual hemos sido encomendados. En este sentido, la muerte se convierte en el “galardón” o la finalización de todo lo que constituye el papel dado por los dioses y, por lo tanto, nuestra existencia cumplió su objetivo en este mundo.

Es así que, como la muerte se presenta espontáneamente y nos comunica que ha culminado nuestro camino terrenal, no es nuestra sino “prestada”. Por esta

razón, Epicteto expresa la necesidad de no apegarse a aquello que no es nuestro, de “devolver” aquello que no nos pertenece y que nos ha sido prestado. De esa manera conservamos nuestra imperturbabilidad y dejamos que el Destino obre según su eficacia:

No digas nunca respecto a nada «Lo perdí», sino «Lo devolví». ¿Murió tu hijo? Ha sido devuelto. ¿Murió tu mujer? Ha sido devuelta. «Me han quitado el campo». Pues también eso ha sido devuelto. «Pero el que me lo quitó era un malvado». ¿A ti qué te importa por qué medio te lo reclama el que te lo dio? Mientras te lo da, ocúpate de ello como de cosa ajena, como se ocupan de la posada los que van de paso<sup>24</sup>.

Con esta máxima, Epicteto nos enseña que, con la muerte de las personas queridas, y nosotros dependientes existencialmente de ellas, perdemos el sentido de nuestra vida y viviremos en una profunda desesperación. Ante esta problemática, necesitamos reconocernos que somos únicos, autónomos (no individualistas), generadores de confianza y optimismo. No somos dueños de la vida de otros seres humanos, sobre todo los que están relacionados íntimamente con nosotros. Ellos morirán y nosotros recibiremos su legado y su enseñanza en actitud de agradecimiento.

### *2.1.3. La muerte es digna al aceptar a las personas y los hechos tal como son*

Epicteto señala:

Si eres aficionado a una olla, di «Soy aficionado a una olla» y no te perturbarás cuando se rompa; si besas a tu hijo o a tu mujer, di que besas a un ser humano y no te perturbarás cuando muera<sup>25</sup>.

Aquí existe una relación entre la muerte y la autenticidad de nuestra personalidad. A medida que nosotros reconocemos nuestra vivencia actual, nos apropiamos de nuestras acciones, sintonizamos con nuestros sentimientos y afectos como también de nuestras equivocaciones y debilidades, nuestra existencia

---

24 Epicteto, trad. en 1995, p. 188.

25 Epicteto, trad. en 1995, p. 185.

se hace veraz. No pretendemos vivir una realidad diferente a la nuestra, ya sea incomprendible, irracional o áspera, por miedo a perder la imagen ante los demás, seguridad económica, posición social o reconocimiento intelectual.

Esta franqueza con nosotros mismos también se encamina a los demás. Nosotros no necesitamos buscar a las personas para ser nosotros mismos, o forzar a los demás para que nos faciliten paz, alegría, comodidad. Es decir, en nuestras relaciones no deben primar los intereses de toda índole. Aceptamos a los demás como son, tanto con sus potencialidades o cualidades como también con sus pobreza.

Asimismo, debemos aplicar esta conducta a los hechos que ocurren diariamente en nuestra vida cotidiana: dejar que sean, no estorbarles, no pretender que sean de acuerdo a nuestros deseos o aficiones. De esa manera, nosotros vivimos la realidad a plenitud, les permitimos que nos revelen aspectos inéditos, horizontes insospechados de nuestra vida. Con esta actitud, la muerte no nos perturbará, al contrario, la viviremos como la coronación de nuestra existencia rebosada de felicidad.

En cambio, si nosotros no aceptamos la presencia de otras personas, ya sea porque nos interpelan nuestro egoísmo, nos molestan con sus defectos, o no nos queremos “someter” a las circunstancias presentes que rodean nuestra subsistencia, estamos fomentando sentimientos de amargura, frustración, impaciencia e inconformidad. Tendremos una visión negativa, pesimista, de la realidad y, por ende, creemos que el mundo es injusto, duro y cruel. La muerte, en este sentido, se transforma en desesperación.

#### *2.1.4. La muerte en sí no es terrible sino la opinión que se tiene de ella*

Esta afirmación es mencionada en la siguiente máxima:

Los hombres se ven perturbados no por las cosas, sino por las opiniones sobre las cosas. Como la muerte, que no es nada terrible -pues entonces también se lo habría parecido a Sócrates- sino que la opinión sobre la muerte, la de que es algo terrible, eso es lo terrible. Así que cuando suframos impedimentos o nos veamos perturbados o nos entristezcamos,

no echemos nunca la culpa a otro, sino a nosotros mismos, es decir, a nuestras opiniones<sup>26</sup>.

Epicteto afirma que la muerte no es el problema sino la opinión que se tiene de ella. Pero, para comprenderla en su realidad es importante conocer en qué consiste la opinión y cómo influye en la persona.

Según Cavallé, las opiniones son juicios de valor que se han formado en base a respuestas emocionales y de impulsos. Así, por ejemplo, “Si nuestra valoración de un hecho es positiva, nos sentiremos serenos, estimulados, confiados, alegres o eufóricos; si es negativa, sentiremos desánimo, desinterés, frustración, vergüenza, culpa, desprecio o ira”<sup>27</sup>. En cuanto a la valoración emocional, esta “provocará en nosotros un impulso: un movimiento externo ordenado hacia el acercamiento o hacia la retirada”<sup>28</sup>.

Ello nos permite apreciar que tanto el juicio, la emoción y el impulso constituyen una realidad indisoluble puesto que, como lo expresa Cavallé “toda emoción presupone un juicio de valor, un pensamiento o pensamientos, y todo juicio sobre la realidad conlleva emoción” (p. 124). Estas “no son ciegas o arbitrarias, sino el reflejo directo de nuestra forma de interpretar lo que es y sucede” (p. 124).

En consecuencia, la interpretación que demos a la muerte depende de nuestra experiencia, de cómo nos la han transmitido las anteriores generaciones y de la coyuntura en donde murió alguna persona cercana a nosotros. Estas situaciones no provienen de nosotros, sino que son producto de una época concreta; por lo tanto, no les podemos asignar un juicio de valor. Ello no impide que podamos distinguir las por medio del discernimiento, la reflexión y una actitud serena y pacífica. De esa manera, la carga emocional que tengamos ante la muerte perderá su fuerza y tendremos una visión objetiva de la misma.

---

26 *Ibid*, p. 186.

27 Cavallé, 2007, pp. 123-124.

28 *Ibid.*, p. 124.

### 2.1.5. *La muerte evita cometer excesos*

Epicteto afirma: “Ten presente a diario la muerte y el destierro y todo lo que parece terrible, pero, sobre todo, la muerte. Y nunca pensarás en nada vil ni desearás nada en exceso”<sup>29</sup>.

En esta máxima destacamos dos aspectos:

a) Epicteto asevera la expresión: “ten presente a diario”. Ello descubre un vínculo entre el tiempo y la muerte. Esta, en su esencia, carece de tiempo; en cambio nosotros que la meditamos la hacemos en el tiempo. Entonces la muerte viene a nosotros en nuestro contexto temporal, pero ella no se deja influir por el mismo, sino que mantiene su entidad intacta.

Al pensar en la muerte, nuestra identidad nos remite al pasado. Observamos y sentimos los hechos realizados, los logros y los fracasos con sus correspondientes emociones. La idea de la muerte nos mueve a apropiarnos de nuestro pasado, a aceptarlo como es, tomamos las experiencias vividas que nos favorecen para madurar como personas y para evitar aquellas que no nos benefician. Así, el pensamiento sobre la muerte nos motiva a acogernos a nosotros mismos, a vivir el “hoy” con sus alegrías y agobios (el ser personas que se hacen continuamente) y no proyectarnos compulsivamente al futuro.

b) Epicteto describe que, al pensar en la muerte, no desearemos “nada vil, ni nada en exceso”. En este punto hay una relación entre la muerte y la superficialidad. La primera frena a la segunda; y esta, ante la primera, se reduce a la pasividad. Es decir, en el momento en que nosotros concientizamos el sentido de la muerte, esta, inmediatamente sitia la ligereza. Así percibimos que nuestra vida empieza a centrarse en nuestro yo auténtico. Algunos de nuestros “deseos” pierden valor cualitativo y se convierten en puerilidades. Y como tales, pierden fuerza en nuestro estado anímico hasta que son reducidas a la inacción. En ese momento, todas nuestras energías vitales se purifican y empiezan a integrar nuestra personalidad. Además, valoramos la riqueza insondable que habita en nuestro interior. Con este proceso, la muerte presente en nuestro pensamiento nos llevará a una simplicidad y sencillez de vida de tal manera que cuando dejemos esta existencia terrena, no tendremos agobio por lo que dejamos. Así, como dice Brun, llegaremos a ser sabios pues hemos vivido de acuerdo a nuestra naturaleza.

---

29 Trad. en 1995, p. 193.

## 2.2. En la “Regla” de san Benito

### 2.2.1. La muerte en la lengua y en el deseo

a) En cuanto a la lengua, san Benito en el capítulo sexto lo subraya dos veces: “*Yo me dije: vigilaré mi proceder para no pecar con la lengua*”<sup>30</sup> y “*muerte y vida están en poder de la lengua*”<sup>31</sup>. Además, en el Prólogo, también lo menciona en dos ocasiones: «Si quieres gozar de una vida verdadera y perpetua, “*guarda tu lengua del mal; tus labios, de la falsedad; obra el bien, busca la paz y corre tras ella*”<sup>32</sup>», y “*el que habla con sinceridad en su corazón y no engaña con su lengua...*”<sup>33</sup>.

La lengua en sí misma no es el problema del mal sino el para qué la utilizamos. Un mal uso de ella engendra la muerte en sus manifestaciones de pecado, falsedad y engaño. Estos efectos son capaces de envenenar nuestra conciencia y de sumergirnos en la satisfacción de nuestras pasiones. Ellas se convierten en una carga aplastante que agobia nuestra vida y su fin es conducirnos a la muerte<sup>34</sup>. En cambio, el buen uso de aquella nos provoca paz y vida verdadera, y toda palabra edificante que sale de nuestros labios, como expresa de Vogüé “no tiende sino a abrir camino, a través del bullicio de las conversaciones humanas, al flujo y reflujo del Verbo eterno, a la palabra de Dios a los hombres y de los hombres a Dios”<sup>35</sup>. En ambas situaciones, la exigencia que nos plantea san Benito es la vigilancia y atención de nuestras intenciones, ser responsables de nuestras propias palabras y utilizarlas convenientemente, y sobre todo en los contextos en donde las pronunciamos.

Otro aspecto que es importante y lo expone san Benito de forma evidente es la relación entre lengua y corazón. Aquella no actúa libremente, sino que es movida por el corazón. Entre ambas no existe independencia. En el corazón radican las buenas y malas intenciones, las bendiciones y las maldiciones, la vida y la muerte. En él, nos encuentra y nos purifica<sup>36</sup>.

---

30 Sal 38,2. Trad. en 2000, p. 88.

31 Pr 18,21; *ibid.*, p. 89.

32 Sal 33,14-15; *ibid.*, p. 67.

33 Sal 14,2-3; *ibid.*, p. 68.

34 Vogüé, 1985.

35 Vogüé, 1985, p. 161.

36 Vogüé, 1987.

b) En lo que respecta al deseo, san Benito en el capítulo séptimo menciona: “Por eso mismo, hemos de precavernos de todo mal deseo, porque la muerte está apostada al umbral mismo del deleite”<sup>37</sup>. En cuanto a los monjes sarabaítas, en el capítulo I, afirma que “se agrupan de dos en dos o de tres en tres, y a veces viven solos, encerrándose sin pastor no en los apriscos del Señor, sino en los propios, porque toda su ley se reduce a satisfacer sus deseos”<sup>38</sup>. En el Capítulo VII menciona: “en cuanto a la propia voluntad, se nos prohíbe hacerla cuando nos dice la Escritura: «Refrena tus deseos»”<sup>39</sup>.

El deseo está relacionado con la satisfacción de nuestra voluntad. Esta es renuente al desprendimiento de sus propias apetencias para dar cabida a los proyectos comunes, a la realización de propósitos en conjunto, etc. Defiende con todo ahínco nuestros caprichos y no los negocia con las opiniones de los demás. Simplemente selecciona aquellas utilidades que alimenten nuestro insaciable apetito de seguridad y comodidad con la finalidad de mantenernos indiferentes ante los problemas de los otros. Esta actitud, en vez de liberarnos de nuestro propio encasillamiento nos reduce a una muerte interna: el aislamiento.

Por ello, el deseo nos puede conducir a la muerte si no lo encaminamos hacia metas positivas y viables. Tampoco es idóneo intentar suprimirlo pues es una parte constitutiva de nuestro ser. Su fuerza contribuye al engrandecimiento de nuestra personalidad a medida que lo abrimos a nuestros semejantes de una forma desinteresada.

### *2.2.2. La muerte opera en el interior de la persona y aceptándola contempla a Dios*

En el capítulo VII,38 dice:

Y cuando quiere mostrarnos cómo el que desea ser fiel debe soportarlo todo por el Señor aun en las adversidades, dice de las personas que saben sufrir: «Por ti estamos a la muerte todo el día, nos tienen por ovejas de matanza»<sup>40</sup>.

---

37 Trad. en 2000, p. 93.

38 *Ibid.*, p. 73.

39 *Ibid.*, pp. 92-93.

40 Trad. en 2000, pp. 95-96.

Existe una vinculación entre las adversidades y la muerte, las cuales tienen un fin: el Señor. Nuestra vida espiritual no es estática. Necesita abrirse periódicamente a nuevos horizontes, a explorar ámbitos desconocidos. Para ese fin se requiere que nuestra alma experimente el dolor, el sufrimiento y la dificultad no de forma impasible sino por amor al Señor que “me amó y se entregó por mí”<sup>41</sup>.

Precisamente la muerte se manifiesta en toda su grandeza en ese padecimiento de nuestra alma y necesita ser vivida desde el plan de Dios. Es decir, si queremos ser fieles a nuestras convicciones espirituales debemos prepararnos para afrontar las adversidades. Éstas, a su vez, reflejadas en los acontecimientos de cualquier tipo y en la presencia de otras personas, cuyas subjetividades chocan con las nuestras. Al dejarnos interpelar por ellos, estamos muriendo constantemente tomando nuevas decisiones y renunciando a nuestros deseos y necesidades. Nos confrontamos y nos purificamos a tal punto que nuestro egoísmo se siente amenazado en sus estructuras falsas y demanda con toda su fuerza mayor comodidad y seguridad. Es necesario, por tanto, que afrontemos este dolor con realismo dejando que Dios haga su obra en nosotros.

Padecer esta muerte subjetiva para que el Señor haga su obra y no estorbarle con nuestras condiciones es un gesto de amor. Es un proceso que no requiere nuestro esfuerzo, ni cálculo, ni organización, ni estrategia. Es “dejar que Él sea Dios en nosotros”. Esta actitud, como dice de Vogüé, hace al “hombre agradable a Dios y a los demás hombres, tanto aquí en la tierra como en la eternidad”<sup>42</sup>, y es la condición imprescindible para que muera el hombre viejo y nazca el hombre nuevo.

Pero Dios no es inmutable ante nuestras adversidades. Por ellas nos inculca buscarle y amarle más. Ya lo dice san Benito en el Prólogo: «No quiero la muerte del pecador, sino que cambie de conducta y viva»<sup>43</sup>.

---

41 Vogüé, 1985, p. 166.

42 *Ibid.*, p. 166.

43 Trad. en 2000, p. 70.

### 2.2.3. *¿La muerte como castigo?*

Expondremos este acápite en dos secciones:

a) San Benito en el capítulo II dice: “Y entonces las ovejas rebeldes a sus cuidados verán por fin cómo triunfa la muerte sobre ellas como castigo”<sup>44</sup>.

Aquí aparece el tema de la rebeldía. En este texto, san Benito no señala a la muerte como castigo sino a la rebeldía. La matiza y la presenta como temible. Aunque el Patriarca de los monjes no señala las causas ni las consecuencias de la rebeldía, podemos afirmar que ella es como la muralla de protección contra cualquier actitud impositiva que venga del exterior. Nosotros somos rebeldes cuando rechazamos el plan establecido por Dios, para optar por nuestra voluntad. Esta elección es válida en cuanto es nuestra decisión, pero las consecuencias que ella acarrea son nefastas: rompen nuestra armonía con la creación y con las personas. Este modo de vida nos constituye en personas pesimistas, críticas, insatisfechas con nosotros mismos. Así nuestra vida se convierte en un tormento constante y, por lo tanto, nuestra muerte será desdichada.

b) San Benito, en el capítulo LVII afirma: “Recuerden siempre a Ananías y Safira, no vaya a suceder que la muerte que aquellos padecieron en sus cuerpos, la sufran en sus almas ellos y todos los que cometieren algún fraude con los bienes del monasterio”<sup>45</sup>.

Un nuevo elemento que tergiversa a la muerte como castigo es el fraude. Aunque san Benito se refiera a los bienes del monasterio, podemos generalizarlo a todas las personas ya que, como expresa Colombás, la avaricia no sólo redundante en perjuicio espiritual de quienes se dejan llevar por ella, sino que causa gran detrimento al bien espiritual de las personas. No es un fin honesto sino simulado contrario a la verdad y a la rectitud. Por lo tanto, cuando adquirimos maliciosamente bienes materiales estamos reflejando nuestro temor a sentirnos desprotegidos y a enfrentarnos a una realidad “despiadada”. Nuestra esclavitud al dinero hará que la muerte nos desapropie de todo y la consideremos como un castigo divino.

---

44 Trad. en 2000, p. 75.

45 *Ibid.*, pp. 162-163.

#### 2.2.4. *La muerte presente en todo momento en el pensamiento y en el corazón*

Para san Benito, la muerte debe constituir una realidad presente en todo momento. Esto se verifica tanto en el Prólogo: “Daos prisa mientras tenéis aún la luz de la vida, antes que os sorprendan las tinieblas de la muerte”<sup>46</sup>, como en el capítulo IV “tener cada día presente ante los ojos a la muerte”<sup>47</sup>.

En ambos versículos se resalta el tema del tiempo: “daos prisa” y “tener cada día presente”.

San Benito nos demuestra que la muerte puede presentarse inesperadamente en nuestra vida sin estar influenciada por nuestras circunstancias humanas y vivencias espirituales. Esta realidad motiva a que nosotros seamos conscientes de nuestro presente, permanecer vigilantes, escuchar nuestras necesidades y enfrentar nuestros temores. De esa manera, el “darse prisa” no nos invita a vivir con ansiedad sino a potencializar nuestra humanidad.

Por otro lado, tener ante los ojos la muerte es adiestrar nuestra objetividad hacia el camino de la verdad: atención permanente, superación constante y claridad intensa. Como dice Pascual, despojo de nosotros mismos para vestirnos del hombre nuevo. De esa manera la vida adquiere un sentido profundo en cada instante y la muerte será un elemento más que enriquezca esa plenitud. Significa darle a nuestra mortalidad un sentido de inmortalidad (la muerte no es el fin sino el principio de una vida eterna).

#### 2.2.5. *El magisterio divino y el monasterio como instrumentos para cualificar la muerte*

San Benito, al final del Prólogo, dice: “si no nos desviamos jamás del magisterio divino y perseveramos en su doctrina y en el monasterio hasta la muerte, participaremos con nuestra paciencia en los sufrimientos de Cristo, para que podamos compartir con él también su Reino”.

---

46 *Ibid.*, p. 67.

47 *Ibid.*, p. 84.

En primera instancia, san Benito coloca a la muerte entre la perseverancia en la doctrina divina y en el monasterio y el Reino. Es la frontera entre la dimensión temporal y la eterna, aquella que constituye una “antesala” de lo que vendrá, pero que, en la existencia terrena no la podemos ver claramente, aunque la intuimos. Desde esta óptica comprendemos que la muerte es el requisito indispensable para la eternidad, pero no únicamente entendida desde lo fáctico (lo material) sino también desde lo espiritual. Morimos en la actualidad sin ser conscientes de ello, pero para ser permanentemente recreados por el Espíritu. Esta experiencia es una prueba de lo que sucederá en algún momento de nuestra existencia: morir físicamente para nacer en “los cielos nuevos y tierra nueva”. Ante esta perspectiva y, como modo de preparación, caben los siguientes interrogantes: ¿Cómo morir?, ¿qué actitudes debemos tener para enfrentar esta realidad?, ¿Cuáles son las condiciones que nos ayudarían para morir dignamente?

Para acercarnos a estos interrogantes, es necesario revisar aquellos elementos que san Benito expone en esta sección del Prólogo: el magisterio, el monasterio, el Reino y Cristo. La presencia de estos aspectos no es casual. Podemos intuir que la muerte marca una analogía entre el magisterio divino (el Reino concretizado) y el monasterio (Cristo ya manifestado). Se presentan, por lo tanto, dos dimensiones concretas con sus respectivas antítesis: mientras vivimos, necesitamos del monasterio como lugar de realización del “papel dado por Dios” concretizado en un ambiente de silencio, soledad, separación del mundo, oración, trabajo, todas ellas con la finalidad de vivir el llamado de Dios de forma plena y auténtica. Además, precisamos del magisterio como el medio indispensable para ejercitarnos en este proceso de acercarnos a la Verdad. En efecto, requerimos de caminos, métodos y planes ya trazados desde la antigüedad, convertidos en tradición de generación en generación para dejarnos “educar” por el Señor, a través del abad y de los hermanos en una comunidad estable. Así lograremos vivir el seguimiento con libertad sin peligro de “autorreferencialidad” y orgullo.

Pero, cuando crucemos el umbral de la muerte, ya no necesitaremos del monasterio para vivir en la plenitud total, sino que ya tomaremos posesión del Reino ya prometido por el Señor. Además, el magisterio divino se ve concretizado en la persona de Cristo. En Él está toda la sabiduría escondida, encarnada, eterna. En fin, podemos evidenciar que la muerte une lo divino y lo humano. Pero, para llegar a lo divino, hay que morir: esa es la condición.

En consecuencia, el monasterio y el magisterio son dos instrumentos que nos preparan para “morir dignamente” y así entrar en el Reino. Ambas realidades constituyen “un ensayo” para la muerte: nos ejercitan en las virtudes, corrigen nuestros defectos, nos purifican constantemente del egoísmo latente que nos acompaña desde la niñez, todos ellos representados en los sufrimientos que nos identifican con Cristo. Además, nos facilitan para la búsqueda de la verdad, de la libertad y del plan que Dios tiene para cada uno de nosotros. Así “compartiremos” con Él la felicidad y la realización plena de nosotros mismos. De manera que la muerte ya no es un fin inmediato sino un medio colateral para otro fin sin término que es Dios.

### **3. “Pensar en la muerte en todo momento” en Epicteto y en san Benito**

Epicteto afirma que pensar en la muerte evita toda vileza y todo tipo de exceso. En cambio, san Benito enfatiza que nosotros debemos darnos prisa para vivir esta luz de la vida antes de que llegue la muerte, como también tenerla presente todos los días. En ambas cuestiones percibimos que nuestros personajes son conscientes de la inclinación del hombre hacia el error, a considerar que la vida consiste únicamente en satisfacer inmediatamente sus instintos. Ello no significa que desconozcamos esta tendencia, sino que seamos consecuentes hacia dónde nos lleva y con qué finalidad.

En efecto, cuando nos enfrascamos en nuestra propia finitud, distorsionamos el sentido real de la trascendencia. Es decir, nos dedicamos impulsivamente a la consecución de nuestros planes y deseos sin atender al de los demás como medio para “ennoblecernos y valorarnos a nosotros mismos”. En este sentido, Dios deja de ser Dios y se convierte en la proyección de nuestros intereses. Además, inconscientemente adquirimos la mentalidad y la religiosidad de los antiguos griegos: proyectamos nuestros deseos personificándolos en figuras de dioses y, como tales, no son más que creaciones humanas. Con esta actitud nos asemejamos, también, al pueblo de Israel, el cual, a pesar de ser escogido por Dios para establecer una alianza y ser depositario de sus promesas, vivió apegado a la idolatría de los pueblos extranjeros.

En este contexto humano, la muerte carece de importancia, al menos provisionalmente. Nosotros, ennegrecidos por nuestros propios placeres, perdemos el sentido de nuestra finitud. Solamente la aparición de un hecho

de crucial importancia puede despertarnos del letargo existencial en que nos encontramos, ya sea la muerte de una persona querida, ser testigos de un accidente de tránsito, contemplar la lenta agonía de un paciente con una enfermedad mortal, etc. Estas vicisitudes nos ocasionan un impacto en nuestra sensibilidad, nos hacen enfrentarnos a la realidad de la muerte y, ante ella, tomamos consciencia de quiénes somos.

Apropiarnos de nosotros mismos, como dice González, es vivir en el hoy. Volcarnos totalmente al futuro (inconformidad con nuestra vida actual) o ubicarnos desesperadamente en el pasado (vivir de las remembranzas) nos alimentan un sentido tergiversado de la muerte. Ambas posiciones no favorecen una correcta vivencia del hoy. Entonces, el “darse prisa” de san Benito urge a apropiarse del presente: en él frenamos nuestra intemperancia, asumimos nuestras angustias y ansiedades de complacernos a nosotros mismos; luego nos preguntamos qué quiere Dios de nosotros y hacia dónde desplegamos nuestra existencia revitalizada.

En esta postura, la muerte se convierte en modeladora de nuestra existencia: elimina los escollos que la entorpecen, la ayuda a ser concreta y a mantener una actitud abierta hacia nuevos horizontes, la potencializa y la hace fecunda. En el lenguaje de Epicteto<sup>48</sup>, la muerte nos pide tomar el papel (nuestra vocación, el sentido de nuestra vida) que nos ha sido dado por el director del drama (Dios) y que lo llevemos a su cumplimiento (la misión). Y no pretendamos tomar otro papel que no nos ha sido asignado. El cumplimiento de esta misión no exenta de contrariedades la engrandecemos con el amor, con el deseo de complacer a Aquel que nos la ha encomendado.

#### 4. Conclusiones

Epicteto<sup>49</sup> es categórico en afirmar que la muerte no es el problema sino la opinión que se tiene de ella. En cambio, en san Benito, la opinión depende del contexto. Es decir, para el hombre rebelde será terrible pues traerá su correspondiente castigo. En cambio, para los que viven en obediencia a su abad y siguiendo la doctrina y el magisterio divino, la muerte es el paso a la vida eterna.

---

48 Trad. en 1995.

49 *Ibid.*

Las opiniones, como decíamos anteriormente, son los modos como interpretamos la realidad, y ellas pueden ser buenas o malas. Básicamente son producto de nuestra experiencia, de la educación recibida y de las circunstancias que nos rodean. Dentro de ellas está el concepto de Dios: la idea que tenemos y la vivencia que poseemos de Él recibidas de nuestros padres. En este sentido, creemos que nuestras opiniones sobre la muerte tienen íntima relación con nuestra concepción de Dios. Y en esta tesis nos basamos para destacar las dos actitudes claves de nuestros personajes ante la muerte.

Ambos aportes son valiosos. No pretendemos calificarlos, ni jerarquizarlos, simplemente nos permiten apreciar la relación cercana entre la filosofía estoica y el monacato benedictino. Tampoco se trata de aseverar que exista entre ambas una vinculación acreditada, cosa que amerita un nuevo tipo de investigación, sino la de exponer una reciprocidad de pensamientos que coadyuven a esclarecer sobre el sentido de la muerte.

1. Según Epicteto, la muerte no necesita ser valorada porque es una realidad que no depende de nosotros y es constitutiva del destino humano. La preocupación de la persona, no obstante, es su formación filosófica, además, como dice Brun, cultivar la virtud y renunciar a la pasión con la finalidad de alcanzar la imperturbabilidad y la indiferencia. En este sentido se preocupa de su destino y vive de acuerdo al orden impuesto por la divinidad ya que Dios es un Ser ordenador de quien procede la belleza y razón de ser. Pero, según Brun si “niega a Dios no puede ser más que un insensato, un apasionado que carece precisamente de la razón que funda la sabiduría”<sup>50</sup>. En definitiva, Dios es el arquitecto del universo y si el hombre vivió apegado a su sujeción, a sintonizar con su propia naturaleza y a aceptar su destino, entonces ha alcanzado la felicidad y su muerte será dichosa.

Esta actitud básica que nos presenta Epicteto es una invitación a cultivar la actitud de vigilancia hacia nuestra vida y preocuparnos por nuestro destino. De esa manera evitamos prodigar nuestro tiempo en afanes inservibles, en compensar deseos que, en vez de ser integrados, nos exigen mayor solicitud, y en sueños inalcanzables que intentan perturbar nuestra realidad.

Al apropiarnos de nosotros mismos nos enfrentamos con la “amargura”, síntoma del abandono y despreocupación hacia nuestro ser, ya sea por nuestra

---

50 Brun, 1997, p. 75.

propia negligencia, por nuestra formación religiosa y educativa o por las circunstancias que nos rodean. Pero, al mismo tiempo, este indicio señala un deseo insaciable de entrar al misterio que somos nosotros mismos. Al acogernos, instituímos una sana distancia con respecto a los demás y a las cosas, dejamos que muera la falsedad de la que estábamos arropados. Percibimos que somos diferentes y únicos, pese a las dificultades que encontramos. Así empezamos a vivir conforme a nuestra naturaleza dada por Dios.

2. En san Benito, la muerte no posee un significado único; es decir, depende de las circunstancias. Su sentido obedece a cómo ha vivido la persona: si dispuso su vida para la realización del plan de Dios, su muerte se constituirá en nacimiento a una vida eterna; pero si se entregó a su voluntad egoísta e interesada, siendo rebelde y obstinada, su deceso será un castigo eterno. En ambos casos, Dios no interviene, respeta el libre albedrío de la persona. Pero no se muestra castigador, ni justiciero, al contrario, es paciente y misericordioso. No es indiferente al pecado del hombre, sino que sale en su búsqueda: ya lo apunta san Benito “Efectivamente, el Señor te dice con su inagotable benignidad: No quiero la muerte del pecador, sino que cambie de conducta y viva”<sup>51</sup>.

En el Padre del monacato occidental, Dios no es considerado como un Absoluto cuya principal función es regular nuestra vida, mantener el orden establecido en la creación y castigarnos si no acatamos su lógica divina. Evidentemente una concepción de esta magnitud crea en nosotros una opinión espeluznante sobre la muerte. Pero no. La noción de Dios para san Benito es totalmente distinta: tiene una mayor amplitud y un sentido profundo. Es el Señor que nos promete la vida eterna, compartir con Él su reino y la felicidad si vivimos obedientes a sus mandatos, si nos esforzamos en serle fieles en medio de las adversidades, si nos dejamos corregir al desviarnos del camino seguro y si perseveramos en su doctrina y magisterio. Todas estas actitudes no tendrán su eficacia si no parten de una experiencia fundante de Dios en nuestra vida. Es decir, no somos nosotros los que buscamos la experiencia de Dios como si se tratase de un proyecto nuestro, sino que es Dios mismo el que irrumpe con su gracia en nuestra vida sin tomar en cuenta nuestros méritos. Toma posesión de nuestra existencia, la recrea, cambia nuestra visión y sensibilidad de la realidad, y por supuesto, nuestra opinión sobre la muerte (a la cual dejamos de sentir pánico). Ante semejante benevolencia, nosotros optamos por ofrecer nuestra vida

---

51 Trad. en 2000, p. 70.

encauzándola en la consecución de los bienes imperecederos, “ser fieles a nuestra vocación cristiana”<sup>52</sup>, viviendo intensamente cada día como si fuera el único bien del que disponemos y teniendo el convencimiento de que después de la muerte nos espera el Señor para darnos en posesión la vida eterna.

## 5. Referencias

- Audioguiaroma (2017). *La Edad de Oro del Imperio*.  
<http://www.historia-roma.com/17-edad-de-oro.php>
- AYMARD, P. (1989), *Vida de San Benito*, 3ª. ed. Madrid: San Pablo.
- BRUN, J. (1997), *El estoicismo*.  
<https://bondideapuntos.files.wordpress.com/2015/11/brun-el-estoicismo.pdf>
- CAVALLÉ, M. (2007), “Las emociones: aplicación de las enseñanzas de Epicteto”, en CAVALLÉ, M. & MACHADO, J. D. (Eds.), *Arte de vivir, Arte de pensar. Iniciación al asesoramiento filosófico* (pp. 119-141), Bilbao: Desclée de Brouwer, S.A.
- COLOMBÁS, G. & ARANGUREN, I., (2000), *La Regla de San Benito*. 3ª. ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- COLOMBÁS, G. & ARANGUREN, I. & SANSEGUNDO L. M. (2010), *San Benito. La Regla; San Gregorio Magno. Vida y milagros del venerable Benito*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- COPLESTON, F. (2004), *Historia de la Filosofía, Volumen I, I: Grecia y Roma, II: De San Agustín a Escoto*. Barcelona: Ariel.
- DE LA TORRE, J. (2009), *Literatura cristiana antigua, entornos y contenidos V. Desde las postrimerías del Imperio Romano de Occidente hasta los albores de la oscura Edad Media Latina*, Zamora: Monte Casino.

---

52 Pascual, 1989, p. 159.

-EPICTETO (1993), *Disertaciones por Arriano*  
<http://biblio-sem.blogspot.mx/2013/07/acceder-la-biblioteca.html>

-EPICTETO, (1995), *Manual. Fragmentos*  
<http://biblio-sem.blogspot.mx/2013/07/acceder-la-biblioteca.html>

-FERRATER, J. (1998), *Diccionario de Filosofía E-J*, Barcelona: Ariel  
Referencia.

-GONZÁLEZ, A. (1981), *Trasfondo escatológico de la Regla de San Benito*, *Cistercium* 159, pp. 41-51.

-GUEVARA, M. L. (27 de noviembre de 2009), *Cultura clásica I. Los Dioses griegos*.  
[http://latinygriego.webcindario.com/4\\_diosesgriegos.pdf](http://latinygriego.webcindario.com/4_diosesgriegos.pdf)

-PASCUAL, A. (1989), *Instrumentos del arte espiritual. Reflexiones sobre el capítulo cuarto de la Regla de san Benito*, Zamora: Monte Casino.

-VARGAS, W. (2013), *El problema de la muerte en el estoicismo romano: Epicteto, Séneca y Marco Aurelio*, *Psiquiatría Universitaria*, 9 (2), pp. 173-177.

-VOGÜÉ, A. (1985), *La regla de san Benito. Comentario doctrinal y espiritual*. Zamora: Monte Casino.

*Monasterio Cisterciense "Santa María del Paraíso"*  
*Ap. 05-01-259 Latacunga*  
*ECUADOR*